

él fue el primer origen de la desgracia de los jesuitas.

23. Los grandes sucesos suelen proceder de causas muy pequeñas. En 1747 vivia en Rio-Janeiro un cierto Gomez Pereira, gentil-hombre portugués, célebre por sus proyectos quiméricos. Tenia singular ingenio para presentar sus planes aéreos bajo el punto de vista mas lisongero y seductor, de suerte que sedujo al gobernador de Rio-Janeiro, Gomez Freire de Andrada, haciéndole creer que en las misiones del Paraguay, gobernadas por los jesuitas, existian riquísimos mineros, y que el cuidado que ponian los misioneros en impedir á sus neófitos el trato con los europeos, era para ocultar aquellos inmensos tesoros. Añadió Pereira á esta descripcion imaginaria mil protestas y juramentos, asegurando que los jesuitas extraian todos los años tres millones de cruzados (treinta millones de reales). Formó en consecuencia el plan, reducido á que los siete países comprendidos bajo el nombre de misiones del Uruguay, provincia del Paraguay, pasasen al dominio de Portugal, cediendo á la España en cambio la colonia del Sacramento con todo su territorio. Deslumbrado el gobernador con el proyecto de Pereira, y esperando ganarse con él la estimacion de su córte, lo remitió á Lisboa, afirmando por su parte que luego que se efectuase el cambio se llenaria de oro Portugal. Aprobó esta córte el plan y lo propuso á la de Madrid, la que aceptó inmediatamente una proposicion que la era tan ventajosa, pues por una porcion de terreno estéril y cuasi inútil adquiria una plaza importantísima para sus posesiones de América, y cerraba

á los portugueses el comercio con los vastísimos países del interior de la América meridional.

Concluido el tratado entre ambas córtes, fueron elegidos para su egecucion, el mismo Andrada por parte de Portugal, y el marqués de Valdelirios por la de España. Se estableció al principio que los habitantes del Paraguay permanecieran en el propio país, sin otra mutacion que la de reconocer el dominio de Portugal; pero se determinó despues que mudando de Soberano, debian tambien mudar de país, por lo que trataron de obligar á aquellos infelices á abandonar sus reducciones y á trasladarse á otras llanuras incultas é inhabitadas. Resistieronse los indios á admitir ninguna de las dos condiciones: „¿con qué derecho, clamaban, pretenden los españoles y portugueses despojarnos de las tierras que cultivamos con la sudor de nuestra frente, y que no las hemos recibido de ellos sino de nuestros antepasados? Si hemos abrazado la fe de Jesucristo, si nos convencemos en ser tributarios del Rey de España, fue solamente con la condicion de que se nos dejase vivir tranquilamente en nuestro país y nos defendiese de nuestros enemigos.” Igual repugnancia de mudar de Soberano se experimentó en la colonia del Sacramento, rehusando aquellos colonos reconocer al Rey de España, de tal suerte, que llegaron á poner fuego á un tablado sobre que estaban colocadas las armas españolas, y prefirieron abandonar su pátria á mudar de gobierno. Suspendida por esta causa la egecucion del tratado é informadas ambas córtes, resolvieron que se egecutase á la fuerza, obligando á la obediencia á sus respectivos súbditos; pero

no correspondió el éxito á las esperanzas y á las repetidas tentativas que hicieron los comisionados y el gobernador. Andrada escribió á su córte que á nadie se debía culpar mas que á los jesuitas.

24. Las cartas del gobernador brasileño, llenas de quejas contra los religiosos de la compañía, dieron ocasion á Carvalho para poner en práctica sus miras secretas. Habia concebido una grande aversion contra aquellos padres, sin que se sepa el verdadero motivo. Atribuyéronla unos al celo del ministerio por los intereses de su Soberano, á cuyo servicio se habia dedicado con todo el ardor de su corazon; otros á la antipatía que abrigaba en su pecho contra todas las órdenes religiosas, y otros, finalmente, á un bajo sentimiento de envidia por el ascendiente que tenian los jesuitas en la córte. Como quiera que fuese, lo cierto es que Carvalho comenzó entonces á desacreditarlos y á escitar contra ellos la indignacion del Rey, á quien persuadió que enviase á América á su hermano Francisco Javier, apellidado Mendoza, del nombre de su madre segun la costumbre de Portugal, con un cuerpo considerable de tropas, y con plena autoridad para arreglar los límites de ambas coronas, nombrándole á este fin capitán general y gobernador del gran Pará y del Marañon. En efecto, aparejada una pequeña escuadra con un gran número de trasportes llenos de soldados, partió de Lisboa el nuevo virey llevando instrucciones secretas de su hermano para quitar á los jesuitas la direccion de las misiones del Paraguay.

25. Embarcóse para América en compañía de

Mendoza el padre Malagrida, que tanto ruido metió despues en Europa. Este famoso jesuita, italiano, nacido en la diócesi de Como, logró de su general, el padre Tamburini, despues de repetidas instancias, que le destinase á las misiones del Marañon; y habiendo ido á Portugal con el beneplácito de aquel Monarca, viajó por primera vez á América en 1721. Algunos acontecimientos singulares ocurridos en el espacio de cuarenta años que empleó sin interrupcion en las misiones, contribuyeron poderosamente á adquirirle una general estimacion. Abrazando su fervoroso celo á todos, y no contento con emplearse solamente en la conversion de los infieles, estendió sus miras al mantenimiento de la piedad entre los católicos, y á la buena educacion de la juventud, por cuyo objeto regresó á Portugal en 1750 para suplicar á Juan V que contribuyese con su real munificencia á la fundacion de uno ó mas seminarios en sus dominios de ultramar, donde la juventud fuese educada cristianamente. Precedíale la fama de sus virtudes, de suerte que á su arribo á Lisboa fue recibido como en triunfo. El Rey quiso verle y hablarle inmediatamente; mandó que lo introdujesen hasta su cama en que yacia enfermo, le prometió cumplir cuanto deseaba y le suplicó que le asistiese en su enfermedad, como efectivamente lo hizo no separándose del Augusto enfermo hasta que espiró en sus brazos. La Reina Mariana quedó tan satisfecha de la asistencia espiritual que el misionero dió en las últimas horas al Rey su esposo, que deseosa de gozar igual suerte, rogó encarecidamente al padre Malagrida que regresara á Lisboa luego que

hubiese dado principio á las fundaciones de seminarios en América.

26. Prometió el misionero cumplir sus deseos á la Reina, y embarcándose con el general Mendoza, llegó al gran Pará en 1751; mas no tardó á conocer cuanto habia perjudicado á sus piadosas intenciones la muerte del Rey Juan. Mendoza suscitó en América tantas dificultades é inconvenientes contra la fundacion de seminarios, y Carvalho apoyó en Europa las ideas de su hermano con tanto empeño, que desconfiado Malagrida, abandonó su empresa y regresó segunda vez á Portugal para implorar la proteccion del nuevo Soberano. Pero desvaneciéronse muy pronto todas sus esperanzas. Encontró el ánimo de José I prevenido contra los jesuitas de América: la Reina Mariana murió poco despues de su arribo á la córte. Carvalho se mostraba cada dia mas y mas opuesto á los padres de la compañía, en una palabra, quedó el misionero destituido de todo apoyo, se vió precisado á renunciar para siempre á sus amadas misiones, y principió á egercitar su celo en Lisboa, predicando incansablemente en varias iglesias, celebrando egercicios espirituales, y promoviendo la piedad y devocion en todas las clases del estado.

27. Tal era el estado de la córte de Portugal, quando la víspera de todos-Santos del año 1755 se percibieron en Lisboa algunos leves sacudimientos que fueron los preludios del gran terremoto que estalló al dia siguiente á las diez de la mañana. Manifestóse al principio con un lejano rumor, semejante al estrépito producido por muchos carruajes; pero siguiéronse de allí á un

momento tan vehementes undulaciones continuadas por mas de cinco minutos, que creyeron todos que era llegada la hora de la total ruina de la ciudad. Al primer sacudimiento abandonaron sus casas la mayor parte de los ciudadanos, y corrian por las calles clamando al cielo y aumentando con sus alaridos el horror y la consternacion. No hubo edificio, por sólido que fuese, que no espermentase el rigor de la espulsion, siendo muy corto el número de los que no quedaron, ó en el todo ó en la mayor parte, arruinados. Como era la hora de la misa conventual en todas las iglesias, perecieron mas de diez mil personas bajo las ruinas de algunos templos, sin contar los que murieron en sus casas y por las calles, que fueron innumerables. Apenas habian cesado las primeras undulaciones, se repitió otro sacudimiento menos duradero pero no menos terrible. Una hora despues presentó el mar un aspecto igualmente espantoso: levantóse una ola mas de sesenta pies sobre la mayor altura de las grandes mareas, y se avanzó con indecible fuerza hácia tierra: cubrió todo el puerto, penetró en los almacenes y aduanas, y retirándose con el mismo impetu descendió tres pies bajo las menores mareas. Sobrevino inmediatamente otra mas furiosa que la primera, y rompió todas las gumenas de los buques, así grandes como pequeños que habia en el puerto. El Tajo creció cuatro veces á la altura de veinticinco á treinta pies, y volvió á bajar hasta dejar en algunos intervalos enjuto su cauce. Finalmente, para que nada faltase al horror de un dia tan funesto y desastroso, contribuyó tambien el fuego á aumentar los estragos. A mas de los

vapores sulfúreos exhalados por el terremoto, el fuego de las cocinas y chimeneas prendiendo en las ruinas se propagó al impulso de un fuerte viento, y redujo á cenizas en aquel día y la noche siguiente los edificios ya aruinados. Quedó, pues, Lisboa convertida en un monton de escombros y cenizas, hecha el espectáculo mas horrible, sintiendo renovarse quasi todos los dias, por espacio de algunos meses, los sacudimientos que desolaron los pocos edificios que habian perdonado los primeros, y espuesta por último á perecer miserablemente de hambre, si España é Inglaterra no la hubiesen enviado inmediatamente víveres y dinero. Fue sin duda el terremoto de 1755 uno de los mas grandes que ha habido en el mundo: no solo se percibió en Lisboa y en todo Portugal, sino tambien en España, Italia y otras partes de Europa. En Africa, algunos dias despues, destruyó muchas ciudades de las costas de Berbería, y abriéndose la tierra sepultó á seis mil árabes con sus camellos y acémilas.

28. En tan fatal calamidad y en la situacion lastimosa de Lisboa, creyó el padre Malagrida que se le presentaba la ocasion mas oportuna para egercitar su celo. Comenzó, pues, á predicar por medio de las calles y plazas y sobre los montones de escombros, persuadiendo al pueblo que aquel terrible azote era el efecto de la indignacion divina contra sus pecados. Exhortaba á todos á enmendar sus faltas, á reformar su vida, á poner fin á los escándalos que dominaban en la córte, y á aplacar así la justicia de Dios y merecer los efectos de su paternal misericordia. Este era el único objeto de sus

sermones cotidianos, este el fin de sus discursos que proferia con una vehemencia indecible, con la que vino á atraerse la indignacion del ministro de José I, que miraba las cosas con diferentes ojos. Hizo aun mas el ardiente jesuita: como sus palabras no podian llegar á oídos de todos, compuso y dió á luz un opúsculo, en que, con testos de la escritura y autoridad de los santos Padres, trataba de probar que semejantes calamidades son siempre efectos de la justicia divina, que castiga con ellas los pecados públicos y graves. Miró Carvalho aquel opúsculo como dirigido principalmente contra sus ideas y operaciones; representó inmediatamente al Rey que Malagrida perturbaba al pueblo añadiendo nuevas amarguras á su desgracia, y que merecia por lo mismo ser castigado como un fanático y malhechor. No se necesitó mas para persuadir al Príncipe, que creia ciega-mente la menor insinuacion de Carvalho, á quien habia confiado el ministerio del interior y la direccion de todos los negocios. Espidió en consecuencia el decreto de destierro, confinando al padre Malagrida á Setubal con espresa prohibicion de volver á la córte.

29. Entretanto seguia el ministerio el plan formado sobre las misiones de América. Prevaliéndose de las falsas noticias que remitia su hermano y el obispo del Maranhon, espuso al Rey que para refrenar la insolencia con que los jesuitas, fiados sin duda en el gran número de indios que gobernaban, se oponian á la conclusion del tratado sobre los confines de los dominios de Portugal y de España, era absolutamente necesario despojarlos de la jurisdiccion que tenian sobre sus neófitos, porque

solo así se podría inducir á aquellos salvages á consentir en la mudanza de Soberano. Abrazó el Rey, segun acostumbraba, el consejo del ministro; y firmó una ley prohibiendo á todos los misioneros mezclarse en el gobierno temporal de las reducciones ó pueblos del Paraguay y declarando que dicho gobierno perteneceria en adelante á solos los comisionados por el gobernador de la provincia. Apenas llegó este decreto á manos del general Mendoza, lo intimó no solamente á los jesuitas, sino tambien á los misioneros de las demás órdenes religiosas que hasta entonces habian gobernado aquellos pueblos, así en lo temporal como en lo espiritual, segun el reglamento de misiones aprobado mucho tiempo antes y confirmado por los Reyes Fidelísimos. Sin embargo, obedecieron prontamente todos los misioneros á las nuevas órdenes de la córte; y habiéndoseles notificado al mismo tiempo que podian en caso de necesidad administrar los sacramentos á los indios mientras no llegaban los sacerdotes seculares destinados por el gobierno para regentar las parroquias, se conformaron tambien y siguieron eggerciendo las funciones espirituales. Con la misma disposicion de ánimo y con la misma heróica virtud con que un siglo antes penetraron sus antepasados en el seno de la América selvática, y con sus fatigas y sudores trasformaron aquellos feroces bárbaros en humildes y fervorosos cristianos, con la misma doblaron ahora la frente al decreto de su Soberano, que hubiera debido irritarles; si hubiesen abrigado las ideas de ambicion y dominio que les imputaban sus enemigos. Mas que á los elógios imparciales del sábio Muratori y que

á las hermosas pinturas que hicieron de sus empresas el baron de Montesquieu, Condamine y Raynal, escucharon los misioneros el nunca engañoso testimonio de una buena conciencia, y rehusaron justificarse de las vanas imposturas de sus adversarios.

30. Tanta docilidad por parte de los misioneros, fue contrarestada por la resistencia de los indios. Los pueblos del Paraguay se habian reunido en cuerpo de ejército para oponerse á que entrasen en su país los enviados de España y Portugal, desde el primer momento que se presentaron éstos en el Brasil; y aunque las tropas de ambas potencias ascendian al número de cuatro mil hombres bien armados y disciplinados, no pudieron sin embargo hacer frente á la infantería de los indios armada á la europea, y mucho menos á su numerosa caballería armada con carabina, arco y flechas, y conducida por oficiales españoles. Viendo los comisionados regios una resistencia tan insuperable, diputaron al padre Alonso, jesuita muy acreditado en el país, para que persuadiese á los indios la sumision; pero nada pudo lograr con todo su ascendiente y elocuencia. Mostráronse los indios constantemente resueltos á mantener el estado de independencia que formaba todas sus delicias, y á permanecer bajo el gobierno de sus padres espirituales, rechazando toda dominacion, así de España como de Portugal. Cuando llegaron despues las órdenes terminantes de la córte de Lisboa que quitaban á los jesuitas toda administracion temporal y espiritual, manifestóse mas decididamente la resistencia de los indios y su aversion á mudar de Soberano. Los que estaban antes sujetos al dominio portugués,

estimaron mas retirarse á los bosques que quedar privados de sus antiguos pastores: los que dependian de España recurrieron á las armas. Todo el Brasil se vió arder en pocos dias en una general revolucion. El egército combinado , unido á las fuerzas que el general Covellos sacó de Buenos-Aires , acomete á los indios que , dispuestos en órden de batalla , esperan á sus enemigos á pie firme , y desechan con orgullo todas las proposiciones del comandante español. Dióse finalmente la batalla , y los indios , vencidos por el valor y la táctica europea , dejan en menos de una hora mas de dos mil muertos en el campo , y los restantes son hechos prisioneros.

31. Esta accion decisiva esparció el terror en todas las misiones , y fue mirada por los egércitos europeos como una completa victoria reportada gloriosamente de todas las fuerzas del Brasil. Entonces fue cuando acabó de desvanecerse la fábula que habia inventado la malignidad de algunos ociosos , y á que dió cuerpo la avaricia de muchos novelistas europeos: entonces se desmintió por sí mismo aquel formidable egército que marchaba al combate guiado por sus misioneros: entonces , finalmente , se borró de todo punto la ficcion del famoso reino del Paraguay , y desapareció para siempre el pretendido Nicolás I , Rey del Paraguay y Emperador de los mamelucos , cuyas monedas se habian hecho correr con la siguiente inscripcion: *Nicolaus I Forojuliensis , Paraguitorum Rex , jesuitarum dux*. Pero no temamos repetir lo que dice el sábio Berault (1); seria degradar la dignidad de la historia detenernos en combatir tan

(1) *Lib. 84, n. 31.*

pueriles ficciones , forjadas á placer por los novadores enemigos de la ilustre sociedad que formó y mantenía la admirable cristiandad del Paraguay , y adoptadas solamente por algunos declamadores adocenados y por los eternos calumniadores de nuestra santa Religion.

32. Durante las turbulencias de la América meridional , suscitóse el fermento de la sedicion en el centro de la Europa sobre las orillas del Danubio. La Emperatriz María Teresa , empeñada en remediar los grandes desórdenes que continuamente ocurrían en sus estados hereditarios de Austria , Stiria y Carintia , por hallarse mezclados sus súbditos católicos con los protestantes de la confesion de Augusta , cuya religion estaba proscrita por las leyes , determinó trasladarles á la Hungría y Transilvania donde estaba permitido el egercicio de su culto. Las desgracias ocurridas en la emigracion , el abandono del país nativo y las incomodidades de la nueva pátria , hicieron muy pronto arrepentirse á los emigrados de la pronta obediencia que habian manifestado á las insinuaciones de su Soberana: principiaron á quejarse de su situacion , y esparcieron por toda Alemania sus lamentos dirigidos al cuerpo evangélico. Compadecido éste , ó mas bien interesado vivamente por sus correligionarios , dirigió á la Emperatriz una carta á favor de los secuaces de la confesion de Augusta habitantes en sus estados hereditarios. Representaba dicho cuerpo á la Emperatriz , que reclamando sus súbditos protestantes el libre egercicio de su religion , no pedían mas de lo que les estaba concedido por las constituciones del imperio y por las leyes de las provincias donde se hallaban